

Cultura

Los mecenas celebran la visita real a una sede operística que frecuentan pocas autoridades

Elixir de amor y pitos

Los príncipes de Asturias, recibidos con división de opiniones en el Liceu



Los Príncipes con el presidente del patronato del Liceu, Joaquim Molins, y el alcalde de Barcelona, Xavier Trias

MARICEL CHAVARRÍA
Barcelona

En los últimos años, al Liceu no sólo le ha faltado la que era su principal fuente de ingresos, el dinero público. Al teatro de la Rambla le ha faltado también un poco de cariño institucional. A diferencia de lo que sucede en otras óperas del mundo, el alcalde o el presidente del ejecutivo (en este caso la Generalitat) no tienen entre sus hábitos asistir a los estrenos del que es uno de los grandes escaparates culturales de cualquier ciudad: su teatro de ópera. Por eso, en medios comprometidos con el futuro del Liceu se valoró ayer tanto la presencia de los príncipes en la representación de *L'elisir d'amore*.

Y eso que, al entrar en la sala, parte del público recibió a los Príncipes con pitos y abucheos, aunque otra parte aplaudió, tal como pudo verificar *La Vanguardia*, presente en el teatro. Fue una pitada creciente que motivó, a su vez, una oleada de aplausos. Acompañaban a los príncipes el alcalde, Xavier Trias; el conseller de Justicia, Germà Gordó; el secretario de Estado de Cultura, José María Lassalle, o la delegada del Gobierno, María Llanos de Luna.

En el entreacto, los Príncipes optaron por permanecer en el palco y no visitar —como estaba previsto— el Saló dels Miralls. Uno de

los presentes explicó a este diario que les trajeron un refrigerio de queso y jamón y que optaron por tomarlo allí, pese a que el número de personas era elevado para las dimensiones del lugar y hubo algún apretón. Uno de los temas de conversación fue la candidatura olímpica de Madrid 2020.

Al acabar la representación, el príncipe Felipe aplaudió con entusiasmo. Minutos más tarde, en el foyer y en catalán, don Felipe expresó el “placer” que había supuesto asistir a esta ópera; añadió su agradecimiento a los gestores del Liceu y a sus artistas la calidad de la representación pese —su-

brayó, ya en castellano— a las dificultades económicas que padecen las instituciones culturales.

Quiso añadir un brindis por los patronos y mecenas del Liceu, a quienes mostró todo su apoyo. El presidente del patronato del Liceu, Joaquim Molins, agradeció la visita y, recogiendo el hilo de

don Felipe, remarcó que sólo en treinta de sus trescientos años de historia ha necesitado esta casa ayuda pública.

El encuentro con los mecenas era de hecho una de las citas relevantes de la jornada. En un país que ha sido incapaz de dotarse de una auténtica ley de Mecenazgo, está bien que, al menos, se reconozca al más alto nivel el papel dinamizador de la cultura que realiza la sociedad civil. Don Felipe y Doña Letizia se vieron con Josep

CAMBIO DE PLANES

En el entreacto, los Príncipes optaron por permanecer en el palco

MENSAJE REAL

Don Felipe aplaudió el tesón de gestores y artistas pese a las penurias económicas

Vilarasau (presidente de honor de La Caixa y presidente del comité de mecenazgo del Liceu), Manuel Bertrand (presidente de la Societat del Gran Teatre), Francisco Reynés (Abertis), Joan Maria Nin (La Caixa), Pablo Cigüela (Banco Santander), Jaume Guardiola (Banc Sabadell) o Josep Lagares (Metalquímica), Montserrat Dalmáu (Loewe), Antoni Llardén (Enagás) y Carles Sumarroca y Josep Miarnau (Comsa). Por una noche, el Liceu se pareció al Teatro Real, un coliseo mucho más arropado por la corte institucional y por los primeros espadas de las empresas líderes del país.

Francisco Gaudier, presidente de la Liceu Barcelona Opera House US Foundation, suele ser crítico con la ausencia de representantes institucionales en el Liceu. “El que vengan hoy los Príncipes —señaló— es sin duda un apoyo al teatro y un indudable reconocimiento a los mecenas y benefactores, algo que este organismo, a pesar de su buena voluntad, no acaba de manejar muy bien”. “Se agradece doblemente —añade— la visita de los Príncipes, teniendo en cuenta que es sabido que ni don Felipe ni doña Letizia son aficionados a la lírica, pero *noblesse oblige*, y por lo tanto opino que una presencia más regular de la Casa Real redundaría en beneficio de nuestra institución”. Quienes no asistieron fueron el president, Artur Mas, ni el conseller Mascarell, que se halla en la Bienal de Venecia.

La velada acabó con un monumental atasco que se produjo a la salida del teatro en la misma Rambla, a causa de la avería de un autobús.●

Una noche (difícil) en la ópera

ANÁLISIS

Mariàngel Alcázar



Hay instituciones físicas; personas que, por sus valores morales, pueden ser calificadas como una institución; e instituciones con un alto valor simbólico que identifican a una sociedad. Ayer, en la Rambla de Barcelona, confluyeron dos instituciones: la Corona y el Liceu, en una cita a la que se quiso despojar de su excepcionalidad. El interés de la Zarzuela, de cuya puesta en escena se encargaron los responsables del teatro, era convertir la presencia de los príncipes de Asturias en un acto casi privado, tanto que el noventa por ciento de los asistentes a la representación de la

ópera *L'elisir d'amore* no estaban avisados de la presencia real y, por tanto, no tuvieron en cuenta esa circunstancia a la hora de acercarse al teatro. Resultado, muchos espectadores se vieron atrapados en la Rambla en un inmenso atasco provocado por los coches de los Mossos d'Esquadra y la Guardia Urbana apostados en las inmediaciones del Liceu. Llegar tarde y cabreado al inicio de una ópera y enterarse de que el motivo es la presencia de los Príncipes no es precisamente un buen estado de ánimo. Tampoco suma sentarse en el cuarto piso y desde las alturas avistar cómo autoridades de diversos signos, sin saber muy bien quién es quién, rellenan el palco institucional, que recibe ese nombre desde que ya no se

llama real. Como no era un acto oficial, el himno nacional de España no sonó, a Dios gracias. Pero los Príncipes no pueden ser despojados de su representatividad porque quedan indefensos y, al final, no se sabe si los silbidos eran de los espectadores que habían tenido que correr Rambla abajo porque llegaban tarde, si eran por negarse a participar en una obra ajena al escenario o si realmente iban dirigidos a los invitados reales. Los Príncipes estaban en el Liceu para respaldar una institución catalana, un símbolo de Barcelona y, sobre todo a una sociedad civil que, a través de los siglos, se ha sabido transformar. Pero ese significado quedó opacado, precisamente, por quienes están obligados a resaltarlos sin miedos.